

CATALOGADO

La agudeza del "Drama del Siglo" pide soluciones radicales y urgentes.

¿Adónde están
las Verdaderas
Causas
de la Brecha?



Por Pierre Pradervand

La mayoría de los historiadores concuerdan en reconocer tres "revoluciones" fundamentales en la historia de la existencia humana:

a) la revolución paleolítica, que vio aparecer al homo sapiens y a los primeros embriones de la organización social alrededor de 1 a 2 millones de años antes de nuestra era (el Zinjantropus se sitúa hacia unos 1 750 000 años antes de Cristo).

b) la revolución neolítica (5 000-6 000 antes de Cristo) que vio la sedentarización de los primeros grupos humanos y la aparición de las primeras ciudades y, consecuentemente, el principio de una economía capaz de inversiones, por mínimas que éstas fueran (lo que no se hacía posible en una economía de nómadas), de dónde el nacimiento de las primeras jerarquías socio-económicas y de la guerra como institución social.

c) la revolución científica, cuyas aplicaciones tecnológicas (la revolución industrial y la de la automatización), han hecho posible el extraordinario desarrollo material de los últimos dos siglos.

La última —la introducción de la automatización— se vio acompañada de dos fenómenos fundamentales que pasaron casi desapercibidos pero que son consecuencia de la misma, a saber:

EL FENOMENO DEL CONSUMO MASIVO

Por vez primera en la historia de la Humanidad, la mayor parte de la población de los países industrializados ve no sólo cubiertas sus necesidades básicas sino que puede aspirar a poseer bienes de consumo no esenciales. De esta manera un país como los Estados Unidos ha visto duplicarse su población desde 1920 mientras su producto nacional bruto se ha decuplicado, pasando de 70 a 700 millares de dólares. Lo esencial del aumento está representado por bienes y servicios que eran insignificantes o inexistentes en

1920. El mismo fenómeno se ha producido en los demás países industrializados desde los años 50 (1).

El Prof. Galbraith describió, hace algunos años, los mecanismos de esa sociedad de abundancia, en su famosa obra, "The Affluent Society", y el sociólogo norteamericano Vance Packard denunció lúcidamente los mecanismos de una "economía del despilfarro", donde la publicidad utiliza los descubrimientos del psicoanálisis para embrutecer mejor al consumidor siempre insatisfecho.

¿Progresará verdaderamente esta sociedad, que fabrica abrigos de visón para muñecas que mojan sus camas, palillos de dientes de oro con punta de diamante, carros siempre más potentes y más rápidos para caminos cada vez más congestionados de tráfico; que sugiere sutilmente que no se puede vivir feliz sin poseer tal o cual objeto? Jean-Marie Domenach hablaba recientemente del mismo fenómeno cuando escribía: "Se gastan millares con el fin de lanzar comidas dietéticas para gatos y perros, cremas de belleza a base de leche, de huevo, de placenta, en sociedades incapaces de dar techo y educación a gran parte de su población. Así la industria de lo supérfluo progresa continuamente en detrimento de las necesidades esenciales. Basta leer las revistas de actualidades; una de ellas dedicaba recientemente una crónica a la necesidad de lavarse los dientes con la mano derecha y con la izquierda alternativamente, de manera a no desgastarlos de un solo lado. Se trata de distraer la atención de todo lo que toca al destino personal y colectivo, a las necesidades humanas, al sentido de la vida; se trata de apaciguar la inquietud estimulando al mismo tiempo la insatisfacción ("se nos deja toda libertad, nos decía un redactor de una de esas revistas de actualidad, salvo la de inquietar al público") fijando en el consumidor la imagen ideal de riqueza y de belleza que respandece a través de los productos más inútiles" (2).

Que estemos presenciando actualmente la ola más fenomenal de embrutecimiento colectivo de la historia, pocas personas, creo, lo pondrían en tela de juicio. Aparte de las incidencias morales y espirituales de ese proceso, que no podemos tratar aquí, se trata de algo grave debido a las incidencias psico-

(1) No olvidemos que un porcentaje considerable de las poblaciones de estos países siguen viviendo en una gran pobreza. Los estudios de Michael Harrington en los Estados Unidos, de Peter Townsend en Gran Bretaña, han dado una luz sobre la existencia miserable de aquéllos que Jules Klanfer ha llamado los "pobres hereditarios", (ver "Appréhensions pour 1985", Esprit, febrero de 1966) y que viven al margen de una sociedad que se olvida sin muchos escrúpulos de sus "dejados en cuenta"

(2) Esprit, marzo de 1967, "L'Enigme ouverte", p. 493. Puede leerse, en un curso de "Psicología de la venta" destinado a los gerentes de almacenes y a aprendices-vendedores de una gran cadena de almacenes de autoservicio de Europa, las siguientes líneas: "El apetito desmedido hace engullir a la gente cantidades masivas de alimentos sin valor biológico alguno, los que a menudo les causan malestares estomacales y les deforman el cuerpo (ello nos permite vender dietas adelgazadoras a cualquier precio)". Este documento de etnografía publicitaria —cuyo autor admite con toda sencillez que su meta es un acondicionamiento casi absoluto del cliente— ilustra con claridad la base de amoralidad (por no decir de inmoralidad) sobre la cual descansan cada vez más las técnicas publicitarias modernas. El acabose se encuentra probablemente en la citación que exponemos a continuación después de haber mencionado que la carencia alimenticia del Tercer Mundo no debe importar a los vendedores, el autor (un ex-profesor de ciencias) prosigue... "Entre nosotros, cuando una persona compra un alimento, no es en absoluto porque tiene hambre... La celebre frase, "hay que comer para vivir y no vivir para comer" tiende a convertirse cada vez más en falso concepto. Hoy día se comprueba que en los países muy desarrollados... el hombre vive en gran parte para comer aunque no sienta hambre... Los asuntos importantes se ventilan ante una multitud de platillos, con el consiguiente daño para los estómagos que se transforman poco a poco en coladores y del hígado que adquiere la cirrosis. Pero no tenemos que entrar en consideraciones medicas. Nuestro papel consiste en vender alimentos en cantidad, ya que la gente así lo quiere"

Váyase después a decirle a estas gentes que el estado de hambre ha sido decretado en el Estado hindú de Bihar..

lógicas que tiene sobre el individuo: el “homo tecnicus” (porque pensamos que el fenómeno empieza a penetrar hasta en las democracias socialistas) está siendo alcanzado por una **apatía mental creciente** que las encuestas sociológicas sobre la participación social y la alienación hacen resaltar

Esta apatía mental es grave porque tiene repercusiones directas sobre los problemas del desarrollo:

a) Convierte a los habitantes de los países de alto nivel de vida en seres cada vez más impermeables al proceso de pauperización en curso en el Tercer Mundo: que sea necesario coger al hombre occidental por la solapa para lograr de él casi por la fuerza algunos francos para tal o cual campaña contra el hambre dice mucho sobre su sentimiento de indiferencia, hasta de irritación, frente al Tercer Mundo. Pero, como lo recalca el profesor hindú V. Rao en un artículo titulado: “Algunas Reflexiones sobre la Utopía Económica”, los consumidores seguros de los países industrializados no pueden ya seguir viviendo en “midos aislados de utopía económica”. La prosperidad, así como la paz, es a la larga, indivisible, y profundas reformas de estructuración son indispensables en las relaciones económicas internacionales. “Ya pasó la época en que los pobres tendían su sombrero ante los ricos para pequeños actos de caridad estimulados por el escrúpulo; y en este mundo que se estrecha cada vez más, no habrá más naciones pobres satisfechas de seguir con su mismo tren de vida —aunque les vaya un poco menos mal que antes— mientras naciones más afortunadas van hacia su meta predilecta de la utopía económica. No puede haber paz en el mundo sin una razonable dosis de igualdad creciente y persistente de los niveles de vida en las distintas partes del mundo (). Lo que hace falta, es la utilización global de recursos y de técnicas sobre una base global (). **Hace falta un cambio amplio y profundo en la psicología de la opulencia**” (3).

Ahora bien, es precisamente la apatía mental provocada por la sociedad de consumo la que bloquea por el momento ese cambio indispensable.

Para evitar todo malentendido, queremos hacer notar que consideramos esa apatía como la consecuencia directa del acondicionamiento popular e ideológico propio de las estructuras capitalistas, acondicionamiento deseado, como lo subraya la citación del redactor mencionado por Domenach. Las estructuras económicas deforman las estructuras mentales.

b) El nacionalismo, que era tradicionalmente una reacción de base esencialmente afectiva y sentimental, se da a sí mismo por primera vez una base material en toda la población, base que está ligada al incremento del nivel de vida: es lo que un sociólogo norteamericano llamó el “nacionalismo funcional” así, los obreros de Ford o de la General Electric propugnan la guerra de Vietnam, por ejemplo, porque una baja de los pedidos militares repercutiría en una baja de las horas extras, y ellos dependen de estas últimas para cubrir sus compras al crédito. Veremos más adelante cómo puede jugar este fenómeno contra el Tercer Mundo.

(3) Ver Tercer Mundo, tomo II, 1961, p. 455-478. Lo subrayado es del articulista.

CRECE LA BRECHA

Frente a esas "sociedades de abundancia", una brecha creciente se está formando entre los bien-provistos y el resto del mundo. Ya nadie niega la realidad de esa separación; las únicas divergencias existentes consisten en el sistema de cálculos empleado. Para mencionar una cifra reciente de las Naciones Unidas, el ingreso por persona aumentaría en 10 francos por año en el Tercer Mundo contra 300 en los países industrializados. Pero estas cifras son seguramente demasiado optimistas ya que, como todos los promedios, "esconden" subagrupaciones que se empobrecen en agregados económicos abstractos (4).

Cualquiera que sea la cifra que se tome, ninguna es muy alentadora: el endeudamiento de los países del Tercer Mundo aumenta sin cesar y representa en la actualidad más del 15% de su ingreso nacional, y estos países consagran cerca de la tercera parte de la ayuda que reciben del exterior al reembolso de esa deuda. P. Baroch hizo resaltar en esta misma revista la baja de la productividad agrícola en el Tercer Mundo, y el Director de la F.A.O., durante estos dos últimos años, ha lanzado en diversas ocasiones sus gritos de alarma con respecto al deterioro de la situación alimenticia mundial; así: en el Lejano Oriente, la producción agrícola por cabeza disminuía de 1,5% de 1959-60 a 1963-64; en América Latina, durante el mismo período, la baja alcanzó un 4,5% mientras Europa veía aumentar su producción en un 6,6% por habitante, lo que representa una diferencia precisa de más de un 11% en cuatro años! Lo que es todavía más grave, es la baja del índice de crecimiento de la producción en el Tercer Mundo que, de 2,8% en 1950-55, pasa a 1,5% en 1960-64

Sin embargo, es en el ramo de la escolaridad que la situación nos parece más inquietante, en la medida en que la educación (en su sentido más amplio, incluyendo la formación profesional) condiciona todo el desarrollo a largo plazo. En un mundo que se "tecnifica" y donde el ingreso está cada vez más relacionado con el grado de educación recibida, privar a alguien de su educación es condenarlo a la miseria, hacer de él hasta cierto punto un paria social; y sucede que los países en vía de desarrollo no pueden hacer de otro modo, muchas veces, que eliminar un número cada vez mayor de jóvenes del circuito escolar: así, en Argelia, por ejemplo, 30% de los niños no pudieron ser admi-

(4) La cifra fue citada en agosto de 1966 por el Presidente del Consejo del Comercio de las Naciones Unidas. Una forma de cálculo mucho más interesante y ciertamente más cercana a la realidad ha sido efectuada por C. Gotchac, "Repartición de los Ingresos y de los Hombres en el Mundo en 1966", Población, mayo-junio 1966, p. 563-67. El autor utiliza un coeficiente de corrección de cada tasa de cambio en dólares, tomando en cuenta la estructura del consumo propio de cada país. Sus cálculos muestran que el ingreso promedio de los países del Tercer Mundo ha aumentado globalmente en un 0,5 por ciento anual. Así, si se estratifican esos números para formarse una idea del enriquecimiento de cada clase, se constatará que en muchos países subdesarrollados, minorías substanciales (si no la mayoría) de la población rural se están empobreciendo radicalmente. Tal y como lo hizo notar recientemente el profesor colombiano L. Currie, decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, "no es cierto que un desarrollo eventual esté asegurado con sólo que el crecimiento promedio de ingresos por cabeza sobrepase el índice de crecimiento de la población. Un aumento de ingresos por habitante puede también traer consigo el deterioro de la condición de los más pobres. (Economics and Population, Population Bulletin, abril 1967, p. 37) El economista británico D. Rimmer subraya el mismo fenómeno en un estudio reciente sobre la economía de Ghana. "el incremento del ingreso real representa el incremento de una cantidad muy abstracta... No representa el incremento de todos los ingresos individuales puesto que el ingreso adicional no está uniformemente distribuido, no representa un incremento del menor ingreso individual, en la medida en que el ingreso adicional representa adiciones al capital perteneciente a la colectividad. Lo que aparece en las estadísticas como desarrollo económico puede por lo tanto suceder sin que se produzca la menor mejora perceptible en el nivel de vida de mucha gente, o hasta de la mayor parte de la gente" D. Rimmer, "The Crisis in the Ghana Economy", Journal of Modern African Studies, mayo de 1966, p. 20.

tidos al primer año de primaria en esta última apertura de clases (1966). Este año, en un mismo nivel de edades, un 50% verá las puertas de los colegios cerrarse ante ellos, no porque lleven alguna tara, ni porque sean tontos, sino simplemente porque están demás en un mundo que gasta 350.000 dólares para matar a un soldado del Vietcong. Según estadísticas recientes de las Naciones Unidas, el analfabetismo mundial ha aumentado en 200.000 millones de personas en los últimos seis años. Un 70% de los niños en edad escolar no asiste a la escuela en el Tercer Mundo. Entre los que asisten, una buena proporción es eliminada después de algunos años de estudio, otros aprenden muy poco debido a que las clases se encuentran abarrotadas, (50, 60, 70 niños por clase; en muchas escuelas de Argelia, el maestro tiene a su cargo 50 niños por la mañana y otros 50 por la tarde), y la calidad de esa educación es frecuentemente alarmante. Sólo una ínfima fracción alcanza el nivel del liceo o del colegio (una fracción de un 1%, mientras que en los Estados Unidos el porcentaje es alrededor de un 20% y lo mismo, aproximadamente, en la U.R.S.S.) En la India, para citar un caso donde el incremento de la población está tomando proporciones catastróficas, se gastó en 1963 (último año que nos da cifras disponibles) alrededor de 1,40 NF (1 NF = \$ 0.20) por alumno cantidad desde luego insuficiente para una educación de calidad, sin mencionar a los 132 millones de jóvenes que no recibían ninguna educación formal. Así, a menos que baje radicalmente su índice de natalidad, lo que será imposible durante muchos años por venir, una demografía galopante unida a las estructuras socio-económicas de estos países los obliga a privar a un gran número de niños de un mínimo de educación, si quieren asegurarla para otros (5).

Por lo tanto, como el desarrollo es en gran parte una función del número de personal directivo superior disponible en la economía, esto convierte a los países del Tercer Mundo en tributarios de la asistencia técnica de los países que se dicen desarrollados. Pero, colmo de la ironía, si los países desarrollados envían expertos al Tercer Mundo con mucho bombo y publicidad; se hace menos ruido sobre el hecho de que por las necesidades técnicas de los países que se dicen desarrollados se tome cada vez mayor cantidad de personal directivo recién formado de los países jóvenes, de los cuales tienen tan urgente necesidad. Así, según un reporte de la Unesco, 43,000 sabios extranjeros e ingenieros —muchos de ellos procedentes de países del Tercer Mundo— emigraron a los Estados Unidos entre 1949 y 1961. En Gran Bretaña sería catastrófico para el plan médico, si los médicos hindúes y pakistanos regresaran a su país. Y, siempre en los Estados Unidos, (país “tecnológico” si puede decirse), según un artículo reciente de la muy ortodoxa revista “Foreign Affairs”, (Foreign Aid and the Bram Dram, J.A. Perkins, julio de 1966), más del 90% de los estudiantes asiáticos que vienen a estudiar a los Estados Unidos no regresan a su tierra! Entre tanto, los países que se dicen desarrollados no hacen absolutamente nada para desalentar ese flujo, por el contrario: lo alientan. Y, no sin ironía, se señala esa nueva ruta de El Dorado que lleva al médico de Pakistán a Inglaterra, al médico inglés al Canadá, al médico canadiense a los Estados Unidos, y a un médico norteamericano a Pakistán, sí, pero con la OMS que le pagará un sueldo doble comparado con

(5) Ver sobre este tema la serie de artículos sobre “La Escuela en el Tercer Mundo” de B. Girod de l’Am, “Le Monde” de fechas 26, 27, 28, 29 y 30 de noviembre de 1966.

lo que ganaba en su tierra y ciertamente 15 veces superior al del médico de Pakistán que permaneció en su país!

Así, “la masa de los Estados proletarios”, miserables y a menudo hambrientos, en el sentido propio de la palabra, reúne un 75% de la población del globo, pero percibe solamente un 15% de sus ingresos, de modo que en general, el ingreso individual es 17 veces más débil para esas tres cuartas partes de la humanidad que para la cuarta parte evolucionada.

Los estudios emprendidos demuestran que hay que invertir cuatro veces el ingreso que se quiere crear. Si se admite que los 2 mil millones de hombres del tercer grupo disponen de un total de 110 mil millones de dólares de ingresos, el incremento de una centésima parte de ese ingreso necesita de una inversión de 5 mil millones de dólares.

Pero ello supone una población fija. Si consideramos que aumenta en un 2% cada año, habría que invertir 10 mil millones de dólares sólo para impedir la baja de ese miserable nivel de vida por efecto de la presión demográfica. Para incrementarla en un 4 a 5% anual, es decir para duplicarla en unos veinte años, habría que agregar a esos 10 mil millones de freno contra la baja, otros veinte mil millones, a título de “motor” que haga “despegar” esas economías estancadas.

Pero en estos últimos años, las ayudas al mundo subdesarrollado, tanto públicas como privadas, multilaterales o bilaterales, del Este como del Oeste, no han rebasado los 5 mil millones de dólares —la mitad del mínimo necesario para asegurar tan sólo el mantenimiento del nivel de vida actual (6).

Lo que se olvida con demasiada frecuencia es que esa diferencia es, económicamente hablando, creada en parte por el consumo exagerado de Occidente: lo que importa al economista, efectivamente, no es el hecho de que los grandes consumidores de los países industrializados puedan pagar por ese consumo de lujo —el carro renovado cada dos o tres años, la televisión a colores, la máquina fotográfica último modelo, los supereskis metálicos— la lista no se acaba. Desde el punto de vista del ingreso real de la sociedad (que sea ésta nacional o mundial, poco importa), o sea del volumen de bienes y servicios producidos anualmente, semejante consumo por parte de los ricos redundará en menos ahorro, implica por lo tanto —va que la capacidad de producción global de una sociedad es siempre limitada— menos bienes y servicios para los necesitados. “La carga representada por los ricos, en términos económicos, no se mide por su ingreso sino por su consumo. En cuanto al argumento según el cual esos gastos son una forma de distribuir el ingreso, hay otros modos de hacerlo sin engendrar semejante consumo” (7). Es por lo tanto ya tiempo de romper con ese mito ridículo, defendido por los partidarios de la libre empresa y recalado por Currie: en términos de recursos económicos reales de que dispone el globo, el gran consumidor occidental realiza una función equivalente a la de varias decenas de pequeños campesinos del Tercer Mundo, y aunque represente un estimulante para la economía a escala local, también representa un freno para el desarrollo a escala mundial.

(6) Jules Moch en un artículo del “Monde Diplomatique”, número especial sobre Argelia, octubre de 1965.

(7) Currie, *op. cit.* p. 31. El subrayado es del articulista.

Por lo tanto, será necesario repetirlo, el desarrollo, como lo destaca Rao en el artículo mencionado, no puede concebirse hoy en día sino a escala planetaria; cualquier otra fórmula no representará sino una solución de conveniencia.

EL DESPRENDIMIENTO DEL HOMBRE DE SUS BASES NATURALES

El segundo de los dos fenómenos mencionados al comienzo de este artículo está representado por el trastorno total de las relaciones entre el hombre y el medio natural que lo rodea, lo que se llama ecología. A medida que el consumo de espacio, de energía, de materia prima aumenta, el hombre se ve obligado a "moldear" cada vez más su ambiente, frecuentemente en detrimento del equilibrio natural. Por lo tanto, si el hombre ha sacado de ello grandes ventajas a corto plazo, no es seguro en absoluto, como lo subrayan los especialistas, que las consecuencias a largo plazo sean beneficiosas para la humanidad (8). Así, nuestro desarrollo se desenvuelve sin miramientos para cuanto nos rodea, lo que, poco a poco, comienza a mudarse totalmente bajo la presión combinada de la química, del betún y del crecimiento demográfico. El hombre se va pareciendo de día en día más al aprendiz de brujo: está creando nuevamente el universo de manera artificial, imponiendo a la naturaleza un nuevo equilibrio. Pero ¿a qué precio? Ese cambio es especialmente notorio en el campo demográfico: habiendo logrado desde fines de siglo vencer cada vez más las enfermedades graves, epidémicas —peste, cólera, tifus, viruela, paludismo, etc.— el hombre ha roto el equilibrio que existía entre la mortalidad y la natalidad y que había hasta entonces caracterizado su vida. De ello se ha desprendido un alza vertiginosa en el índice del crecimiento demográfico, alza por la cual todos los especialistas conscientes se preocupan hondamente. El hombre no previó las consecuencias, sobre otro nivel completamente distinto, de la disminución de los efectos de una de las leyes fundamentales de la vida (9).

Dentro de ese amplio marco, se ve claramente que no puede separarse el desarrollo del Tercer Mundo del de Occidente, como se sobreentiende con frecuencia esta expresión tomada en sentido restringido. Nos "desarrollamos", ciertamente (en todo caso en el sentido de la acumulación de bienes materiales, aunque ese desarrollo se parezca un tanto al de la rana de la fábula), pero ¿hacia qué, en qué dirección, y a qué precio? J. Austruy planteó muy bien este problema cuando escribió "no se puede crear sin destruir: mientras tanto, hay creaciones más o menos devastadoras. En el campo de los valores sociales, se puede uno preguntar sin bizantismo si la urgencia con que se presiona por desarrollar las economías elementales no oculta la importancia de los sacrificios que implica el escoger ciertos modos de crecimiento. El precio de ciertos modos de desarrollo cuya eficacia depende del abandono definitivo de un patrimonio socio-cultural irremplazable podría sin duda juzgarse excesivo, si la amenaza obsesionante del hambre y de la destrucción no hiciera inoportuna una visión más amplia sobre el porvenir de las sociedades" (10).

(8) Ver S. A. Cain, "Man and his environment", Population Bulletin, nov. de 1966.

(9) Según Sir Julian Huxley, la ecología debería convertirse en la ciencia de base del mundo moderno.

Ver "The Crowded World", Population Review, 1962, 6, 2 de julio, p. 33-36.

(10) J. Austruy, "L'Islam face au développement économique", Paris, 1961, p. 16.

Pueden así distinguirse a grosso modo tres actitudes básicas ante el problema del desarrollo social global y que corresponden a las divisiones políticas del mundo actual:

a) En Occidente: o nadie se atreve a plantear el problema de la teleología del desarrollo, debido a que ello volvería a poner en duda los fundamentos mismos del orden social existente, ¿o será que se está tan obnubilado por los problemas técnicos que se olvida uno de los problemas básicos? Sin embargo, algunas voces aisladas se atreven a poner de manifiesto nuestras opciones fundamentales, tales como la de Erich Fromm en los Estados Unidos o Jacques Ellul en Francia. La crítica de Ellul nos parece de gran valor, no solamente por ser quizás la más radical, sino porque se ataca a la opción básica de las sociedades industriales, la de la supremacía de la técnica (11). Luego, en la medida en que la mayoría de los "expertos" del desarrollo conciben a esta última como resultante de la simple aplicación de ciertas técnicas específicas, las prevenciones de Ellul son igualmente válidas para ellos: estamos creando, escribe este último, una sociedad técnica de donde los verdaderos valores humanos habrán desaparecido; una sociedad donde la eficacia se convierte en el valor supremo en detrimento del hombre: "Un movimiento de civilización tiende a crear un tipo de hombre cualitativamente superior, más excelso, presentando una diferenciación ética más elevada, logrando una integración más profunda de todas las orientaciones de su ser, una seguridad y una capacidad del don de sí, accediendo a comportamientos sin duda irracionales o no científicos pero sí específicos del hombre, diferenciándolo en profundidad de todo lo demás, y realizando de esa manera lo que es, como por ejemplo la bondad o el honor. Por el contrario, la técnica desemboca exclusivamente en el aumento del poder cuantitativo de ese hombre. No desarrolla su excelencia sino su poderío. Y haciéndolo así, vuelve al hombre al cuadro general de toda la naturaleza. Nos encontramos por todos lados en presencia de una competencia de poderíos, sin más: y el hombre se manifiesta como más poderoso que el río o el elefante, pero por el simple hecho de la técnica, no se distingue de ellos en nada cualitativamente. Simplemente ha encontrado medios de poderío y los ha ordenado: de esa manera se muestra coherente ante el mundo de las cosas, pero no específicamente humano"

El Prof. W Weisskopf, en su calidad de economista, trató también ese mismo problema del sentido del desarrollo en un artículo sobre los "Objetivos del crecimiento económico, subrayando la necesidad de **definir nuevamente las necesidades humanas** y de crear una ciencia del bienestar que tendría como meta la reeducación de los consumidores y la reorientación de los objetivos de la economía (12). Pero, hablar de definir nuevamente las necesidades humanas, ¿no significa en sí definir nuevamente al hombre mismo?

Todas las civilizaciones, así como las innumerables culturas de los países del Tercer Mundo que se han sucedido hasta ahora, tenían un concepto del hombre que representaba en cierto modo un valor básico en función del cual

(11) Es imposible resumir el pensamiento lúcido y percetivo de este autor. Recomendamos al lector su obra básica, "La Técnica o la apuesta del siglo", A. Colin, Paris, 1954, así como el excelente artículo sobre el hombre occidental en 1980, publicado en la colección "Futuribles" dirigida por B. de Jouvenel, Ginebra, 1963. La cita es sacada de un artículo reciente, "¿Podrá ser la técnica madre de una civilización?", "Terre Entiere", Nº 22, marzo-abril 1967, p. 6-27. ¿Será necesario hacer resaltar que vemos la crítica de Ellul como complementaria de la de Marx, y no como antinómica de esta última?

(12) "Economie et Humanisme", sept.-oct. 1965, p. 3-15.

los demás valores encontraban su definición. Cuando se dice: civilización griega o islámica, civilización medieval o china, cultura hopi o bantú, un cierto concepto del hombre, claramente definido, se presenta ante la mente; cuando se habla de "sociedad industrial", ¿qué concepto se tiene del hombre? Plantear la pregunta es hacer resaltar la inexistencia de la respuesta.

b) El mundo comunista comienza asimismo a plantearse interrogantes sobre el sentido de su desarrollo, a medida que se aleja más y más la utopía krutcheviana del comunismo para mañana.

Han surgido serias grietas, a consecuencia no sólo del conflicto chino-soviético, sino también del reenfoque de ciertos dogmas hasta ahora sagrados. Cuando teóricos reputados se atreven a plantear el problema de la enajenación como fundamental en la sociedad socialista, puede decirse que aún la forma misma que tomará ese desarrollo está en la interrogante: ante una visión utópica de bien empiezan a levantarse dudas sobre el mañana.

c) Finalmente, en el Tercer Mundo, el mimetismo del antiguo colonizador impulsa a un respeto de las técnicas "occidentales" que roza con el fetichismo (psicológicamente); la técnica, ese "maná" del hombre blanco, dará, según se cree, un poderío casi mágico a quien sepa dominarla. Pero esa actitud es peligrosa, no sólo filosóficamente sino sobre todo políticamente, ya que plantear un problema en términos exclusivamente técnicos evita tener que tomar decisiones políticas: p. ej. decir, "el despegue económico del país depende de una tasa de inversiones de $x\%$ que hay que alcanzar cueste lo que cueste" hará que la clase dirigente del país en cuestión acepte las inversiones extranjeras masivas sin que trate necesariamente de tocar el punto de su nivel de vida.

LA AMERICANIZACION DEL MUNDO

La polarización del mundo actual

El desarrollo del mundo actual se parece de hecho cada día más a una *americanización mundial*, a un desarrollo hacia una sociedad de tipo monolítico y técnico. De ello se deduce que el mundo contemporáneo está cada vez más dominado por un doble fenómeno que representa los dos aspectos de una misma pieza:

1º La hegemonía mundial creciente de los Estados Unidos es el reflejo de su extraordinario potencial económico, el cual, medido en términos de ingreso por habitante, aumenta más rápidamente que el de cualquier otra nación. La consecuencia política de esta hegemonía es el antagonismo creciente en la China revolucionaria.

El primer corolario de esta situación es el entendimiento que se acentúa cada día más entre los Estados Unidos y la U.R.S.S., la desaparición progresiva de la "cortina de hierro", relacionada con la elevación del nivel de vida de las democracias populares y con el desarrollo de las relaciones comerciales y turísticas con el Oeste, y a una identidad de intereses crecientes entre los

dos grandes del bloque industrializado. Esa identidad se irá sin duda afirmando de día en día, puesto que ni la guerra de Vietnam ha podido impedir la conclusión entre la U.R.S.S. y los Estados Unidos del reciente acuerdo sobre los espacios extraterrestres.

El segundo corolario es que los dos polos (los dos "Grandes") de la política mundial tenderán cada vez más a ser China y los Estados Unidos. La U.R.S.S. no tiene va un papel verdaderamente director sobre la política mundial, habiendo abandonado el ideal de la revolución mundial por el de la "goulash en cada plato" (plato nacional eslavo, especie de cocido). Esto no constituye, desde luego, una condena sino una simple constatación. Existen, además, ciertos factores históricos que explican fácilmente esta evolución.

2º El creciente "gap" (brecha), que se representa comúnmente como separando los países desarrollados y subdesarrollados, es de hecho una brecha entre clases o categorías situadas a distintos niveles del aparato de producción mundial. Veremos más adelante que este "matiz" es fundamental. En el análisis que sigue, asimilaremos, efectivamente, las burguesías comerciantes y administrativas del Tercer Mundo a los grupos poseedores de las claves de la riqueza en los países industrializados.

Esa brecha se encuentra unida ante todo a las estructuras económicas contemporáneas, en especial al incremento del poderío de los grandes monopolios (cifras cf. infra). Por otra parte, la rapidez del desarrollo de los países industriales (debido no solamente a una tecnología muy evolucionada sino también a una infraestructura realizada en ciento cincuenta años, a poblaciones alfabetizadas en casi un 100%, así como a cuadros administrativos y sociales relativamente estables), unida a un crecimiento demográfico vertiginoso en los países que se denominan (¡con qué ironía!) "en vías de desarrollo", acentúan aún más esa brecha.

Así, el mundo corre el riesgo de polarizarse cada vez más, según las dos tendencias arriba esbozadas, hasta que habiéndose acentuado demasiado el desequilibrio, una explosión restablezca la balanza (¡o la suprima completamente!). Esa explosión nos parece volverse cada vez más verosímil, en vista de las contradicciones objetivas de las relaciones Occidente-Tercer Mundo; se ve claramente inscrita y con una creciente probabilidad en los datos estadísticos disponibles a todo laico culto. Que se denomine esta tensión "nueva lucha de clases", que se llame al Tercer Mundo "el proletariado del Siglo XX", el hecho está allí, y es el hecho lo que debe tratarse de comprender, sin dejarse cegar por la etiqueta utilizada para describirlo. Ningún "deus ex machina" va a salvarnos, como lo demuestra la historia de estos últimos años, y negarse a ver el tifón que se prepara en el horizonte simplemente porque rebasará en violencia todo lo que la humanidad ha conocido, procede de una política de avestruz poco encaminada a mejorar la situación.

La hegemonía americana

En un notable artículo ("Frente a la Nueva Roma", Le Monde, 28 de septiembre, 1966), el conocido cronista político de ese periódico compara el poder y la influencia de los Estados Unidos en el mundo contemporáneo al

de Roma en la antigüedad. Aunque nos esforcemos en estas páginas por mantenernos al nivel del análisis global, quisiéramos de todos modos citar aquí un interesante estudio que apoya esta tesis y que demuestra claramente el creciente poderío de grandes trusts internacionales, en su mayoría norteamericanos (13) “La mayor parte de las inversiones norteamericanas en esas regiones (los países en vías de desarrollo) interesan las industrias extractivas (petróleo, cobre, hierro, cobalto, hule, bauxita, manio y otros minerales) y proceden de consorcios formados por grandes sociedades occidentales, de las cuales la mayoría son norteamericanas. Se invierte muy poco capital en las industrias de transformación, lo que da por resultado colocar a los países subdesarrollados en una condición de incapacidad para adquirir los conocimientos técnicos necesarios para su desarrollo. Al punto en que están las cosas, las naciones “emergentes” están estrechamente maniatadas: venden su petróleo y sus minerales en condiciones netamente favorables para los compradores, pero compran productos acabados según las condiciones de los vendedores; y su situación se recrudece debido a las conferencias marítimas internacionales, que tienden a fijar el precio del flete de manera aún más desventajosa para los nuevos países. No es sin razón que los países pobres se consideran a sí mismos como las víctimas de sociedades multimillonarias cuyos países de origen proclaman (pero para sí mismos) las ventajas de la competencia” Y, demostrando la fuerza de esos trusts, el autor prosigue: “A pesar de que no lo reconozcamos enteramente, desde hace ya algún tiempo, vivimos en una era de internacionalismo económico, durante el curso de la cual sociedades de importancia mundial, nacidas casi todas en América, vendrán a dominar la economía del globo mas o menos de la misma manera que dominan la de otros países. Las fusiones internacionales, las inversiones al exterior y las prácticas del mismo orden han permitido a las grandes sociedades supra-nacionales tomar la rienda de los mercados mundiales. Si se funda uno sobre la experiencia más reciente, 300 toneladas retendrán en 1975 más del 75% de todos los activos industriales y habrán eliminado la competencia de los precios tal como existe en la venta de los productos manufacturados”

Sin dificultad podríamos citar centenares de cifras para demostrar el poderío económico creciente de los Estados Unidos, pero no es ésta la intención que llevan estas líneas. Las estadísticas del Departamento de Comercio (norteamericano), o de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo (U.N.C.T.A.D.) contienen amplios datos para quienes desearan informarse con mayor detalle. Lo importante es ver que ese poderío económico lleva como corolario un aumento paralelo de la influencia política. Así, en el último debate de las Naciones Unidas sobre la admisión de China Popular, sobre 84 países del Tercer Mundo, sólo 29 votaron por China, y 43 siguieron el ejemplo o sucumbieron bajo las presiones de los Estados Unidos. Envíos de trigo, ayudas financieras, ese país tiene medios crecientes de hacer presión sobre el Tercer Mundo, y no se priva de utilizarlos.

Sin embargo, pensamos que ver el problema en términos nacionales y echarle la piedra solamente a los norteamericanos, como lo hacen de tan buena gana tantas personas llamadas “de izquierda”, procedería de un análisis

(13) Th. J. Baker: “Las empresas internacionales”, *Analyse et Prevision*, S.E.D.E.I.S., t. II, sept. 1966, Nº 3, p. 633-39.

algo superficial. En realidad, debe verdaderamente hablarse de una clase capitalista internacional, y el gran importador senegalés, malgache o brasileño participa tan seguramente al "pillaje del Tercer Mundo" como la Standard Oil. Y es debido a esa óptica de clases que nos parece algo vano pensar en hacer de Europa un tercer peso que contrarreste el poderío norteamericano.

UNA BRECHA TANTO ENTRE CLASES COMO ENTRE NACIONES

Esa brecha entre naciones que se dicen ricas y pobres no es sino uno de los aspectos del eterno problema de la repartición del poderío y de las riquezas en la sociedad, problema que ha tomado, desde la aventura colonial y la revolución industrial, un giro particular, llamado según la terminología marxista: lucha de clases, expresión cómoda porque supone un cierto análisis de las relaciones sociales que pretenderemos conocido (14). La palabra más reciente de "gap" (brecha) es un invento de los tecnócratas que oculta por desgracia la tensión social subyacente a esa brecha y hace de ella una realidad simplemente estadística, lo que viene a ser tan simplista como ridículo (15).

Ese desequilibrio en la repartición de los bienes sociales es menos perceptible en los países capitalistas occidentales —donde las necesidades de la mayoría de la población indígena han sido, por lo general, cubiertas—, pero es evidente que con todo y ello, existe. Todas las pseudotativas de asociación del capital-trabajo no son sino muy pobres esfuerzos que no logran ocultar una concentración del poderío económico casi tan grande hoy como lo era ayer (y aún hasta mayor, según las estimaciones utilizadas) (16).

Si insistimos sobre este punto, es porque querer trazar una frontera entre países desarrollados y subdesarrollados constituye, en nuestra opinión, un error peligroso. La realidad es más sutil, menos sencilla, y si abandonamos por un instante esas esquematizaciones demasiado cómodas, vemos que las estructuras económicas contemporáneas tienden cada vez más a unir las clases pudientes tanto de los países desarrollados como en vías de desarrollo, encontrándose en el Occidente la clase obrera en una posición muy ambigua (y es aquí donde el análisis marxista clásico plantea ciertos problemas cuando supone una solidaridad de los explotados), sabiéndose que, en el plan nacional, se encuentra todavía hoy en día bastante enajenada con respecto a sus medios de producción (cf. Gorz, "Stratégie ouvrière et néo-capitalisme", París, 1964) pero en el plano de las relaciones de fuerza económicas a escala internacional, está en una posición de "explotador", (aunque involuntariamente), puesto que el mejoramiento de su nivel de vida se hace en detrimento del Tercer Mundo, como lo recalcó recientemente el Presidente Senghor (17) Y llega-

(14) Confieso que prefiero a esa terminología la expresión "nivel de las fuerzas productivas", tal como la utiliza A. Cabral en su discurso "Lucha de liberación nacional y estructura social", Conferencia Tricontinental, La Habana, 6 de enero de 1966. Nuestro concepto de las relaciones de fuerza sociales está muy cerca de la de Cabral, que es la de un marxismo "revisado" por uno de los líderes del Tercer Mundo revolucionario.

(15) Un personaje tan poco sospechoso de simpatía hacia el marxismo, M. Jean de Broglie, Secretario de Estado francés en Relaciones Exteriores, evocó en septiembre pasado la "guerra de clases a escala internacional" guerra que puede desencadenar esa brecha cada vez más profunda.

(16) Cf. el coloquio de Arras sobre la "repartición de los beneficios", consultar la obra del mismo título, Ed. de Minuit, París, 1966. Porque el obrero tejedor de Lyon o de Manchester come hoy en día lo suficiente, porque posee un techo más o menos decente, goza de uno o dos días de asueto por semana, pierde su combatividad. Pero los Boussac, Abs y demás Rockefeller de hoy son —en términos tanto relativos como absolutos— infinitamente más poderosos que sus antepasados del siglo último.

(17) Consultar "Le Monde" del 19 2-1-1967, p. 4. "Aide aux pays sous-développés et nouveau pacte colonial"

mos a esa paradoja monstruosa según la cual los mecanismos del capitalismo moderno se las arreglan de manera que sean las clases obreras de los países desarrollados los que se conviertan en los portavoces del "carterismo"

Claro está que las clases no pueden definirse de la misma manera en un país desarrollado que en uno en vías de desarrollo. Aquí, una vez más, las categorías marxistas deben revisarse, como lo demostró Cabral en el texto antes citado. Así, por ejemplo, en un país como Argelia, en vano se habla de una solidaridad "objetiva" de la "clase obrera", como si esta última representara una entidad consciente. Hasta puede decirse que en ciertas y determinadas situaciones, la pequeña minoría de obreros capacitados de la industria y los obreros permanentes de la autogestión representan una fuerza potencialmente conservadora, en la medida en que en una situación de desempleo generalizado (más del 50%) el hecho de tener trabajo y sobre todo un mínimo de formación técnica representa una ventaja cualitativa y no solamente cuantitativa. Pero se trata ahí de matices bastante secundarios que no le cambian en realidad nada al fondo de este esbozo dialéctico.

EL MITO DE LA COOPERACION INTERNACIONAL

En un análisis reciente y lúcido del problema del desarrollo, Alan Birou escribía en esta misma revista: (dic. 1966, "Las relaciones internacionales y el desarrollo"), "Ayuda económica, asistencia técnica, cooperación, son por lo tanto relaciones internacionales especiales que no pueden ser juzgadas ni comprendidas, de las que no puede verse el sentido y el alcance sino situándolas en el conjunto de las relaciones internacionales, en un mundo de economías dominantes y soberanía absoluta. Abstraerlas de este contexto so pretexto de buenas intenciones es ir al encuentro de grandes decepciones porque sería poner en práctica un idealismo de declaraciones al lado de un maquiavelismo de comportamiento. Lo mismo que cierta ideología del desarrollo es un subterfugio para eludir una **revolución** de las relaciones económicas internacionales, igual que una mística de la cooperación puede ser a su vez una escapatoria para evitar una revolución de las relaciones de soberanía. No será más realista, más justo y eficaz en definitiva llamar las cosas por su nombre y reconocer que, de manera bastante general, en el mundo tal cual es, la ayuda bilateral se practica generalmente entre Estados soberanos y Estados más o menos vasallos!

Es hipocresía y falacia hablar de cooperación mientras no se haya puesto de manifiesto y encontrado el medio de controlar las formas y las fuerzas actuales del comercio mundial. Pero falta aún llegar más allá de la ayuda financiera para estructurar relaciones económicas que permitan a los países interesados una acumulación interna y formas productivas de inversión. Esto plantea inmediatamente el inmenso problema de la división internacional del trabajo y de la reorganización de la producción mundial.

Toda negativa de plantear los problemas de cooperación internacional a ese nivel es una negativa simple y sencilla de cooperación. Es sostener, bajo la apariencia de una palabra generosa, una asistencia, una protección, una

sumisión, en una palabra un neocolonialismo con respecto a los países débiles" (18)

El desarrollo —y esto comprende el desarrollo emprendido dentro del marco de las Naciones Unidas— continuará siendo el fracaso magistral que ha sido durante estos últimos años mientras se le considere como problema esencialmente técnico (Raúl Prebisch, secretario general de la U.N.C.T.A.D., escribía hace poco: "Lo que nos complacemos en llamar, con grandes esperanzas, la Década del Desarrollo, toma cada día más la forma conocida de ilusiones que serán pronto anquiladas"). El problema de desarrollo es esencialmente un problema político, en el sentido de que implica una revolución radical en los intercambios económicos internacionales por una parte, y por otra, en el comportamiento de las así llamadas "élites" dirigentes de los países industriales, incluyendo a la U.R.S.S.

En el plano de las relaciones económicas internacionales, esto está claramente expuesto por el artículo arriba mencionado de la revista *Foreign Affairs*, en el cual el autor demuestra que los esfuerzos de ayuda del gobierno norteamericano se ven frecuentemente anulados por las necesidades de la economía privada norteamericana en mandos. El autor concluye reconociendo: "He aquí los hechos en toda su crueldad: nos vemos en competencia con nuestra propia política de asistencia al exterior, nuestras necesidades domésticas bien podrían estar reduciendo a la nada nuestros mejores esfuerzos al exterior. En ese caso, la ayuda al exterior podría bien no ser más que un eufemismo (angl. *misnomer*) para asistencia doméstica con implicaciones al exterior" (19).

En un artículo excelente de la revista "*Tiers Monde*", P. Sweezy demostraba cómo los círculos viciosos que hemos denunciado no pueden encontrar más que una sola solución política (20). Pensamos por nuestra parte que esta solución será violenta tal es de profunda la oposición objetiva de los intereses. Tomando el análisis del caso brasileño hecho por un joven economista norteamericano, A. G. Frank (que se pregunta a sí mismo por qué el Brasil sigue soportando relaciones con los Estados Unidos, tan nocivas a sus propios intereses), Sweezy cita la tesis que sigue, defendida por Frank (21): la explicación de esta dependencia "debe buscarse en el núcleo mismo de las relaciones entre el Brasil y los Estados Unidos. Primeramente, claro está, sus relaciones llevan a algunos brasileños dinero y poder. Estos grupos utilizan entonces ese mismo poder para continuar las relaciones. En segundo lugar, con el tiempo el Brasil se ha vuelto tan dependiente que la liberación costaría sumamente caro a corto plazo y, cualquiera que sea el beneficio obtenible a largo plazo, otros grupos y en especial todos los gobernantes los aceptan con repugnancia. Así, a corto plazo, el cese de los créditos que tienen

(18) Es Jean Charbonnel, entonces secretario de Estado en Relaciones Exteriores encargado de la Cooperación, quien escribía en *Le Monde* del 5-4-1966, "...en la hipótesis de un cese de la ayuda francesa, la pérdida de capital sufrida por la economía francesa sería superior a las inversiones públicas así economizadas", y concluía, "la cooperación francesa conlleva por lo tanto un beneficio económico si no contable, para provecho nuestro", (citado por G. Chaliand en "*Partisans*", mayo-junio, 1966, "*Indépendance nationale et révolution*", p. 5-34).

(19) *Op. cit.*, p. 618.

(20) Ver P. Sweezy, "Obstacles au développement économique", *Tiers Monde*, avril-juin, 1966, p. 277-284.

(21) Recomendamos la lectura de una obra reciente del mismo autor "*Capitalism and development in Latin America*", N. Y. London, 1967.

por razón la refinanciación de la deuda ya existente, obligaría a interrumpir las importaciones que son, también, necesarias durante ese breve tiempo ya que, durante ese lapso, esas mismas relaciones económicas han destruido o impedido la creación de medios de producción que habrían permitido eludir esas importaciones. Si se busca un poco más a escapar de esas relaciones y que las inversiones norteamericanas se vean amenazadas, la represalia a corto término, como lo prueba el caso de Cuba, es el cese de todo comercio. En una palabra, el Brasil y los países que se encuentran en la misma situación, están como siervos endeudados similares a los que vivían antaño atados a su señor y acreedor, relación cuya prolongación parece haberse vuelto necesaria por el solo hecho de que se les utiliza. Finalmente, y tanto como les es posible los Estados Unidos alimentan también las ciencias económicas y hasta las ideologías que tratan de demostrar que esas relaciones de explotación son no sólo necesarias sino deseables. ”

Este esquema se encuentra, con numerosas variaciones, en la mayoría de los países industrializados y sus relaciones con el Tercer Mundo. Los términos del intercambio, como se llama en economía la relación precio-cantidad de productos intercambiados entre dos países, es cada día menos favorable para el Tercer Mundo. Por ejemplo, en 1954 se compraba un jeep con el equivalente de 14 sacos de café; hoy día se necesitan 39. Se ha calculado que el beneficio logrado por los países ricos, importadores de materias primas, por la degradación de los términos del intercambio es igual o superior a los 8 mil millones de dólares de la ayuda “consentida” al Tercer Mundo. Como escribía recientemente Josué de Castro, “por lo tanto la ayuda no sirve para nada al desarrollo, no hace sino tapar un hoyo que se excava al mismo tiempo” (Le Monde, 8-3-67).

“Aún” pequeños países como Suiza, que se arrellana confortablemente con su buena conciencia de país neutral (una neutralidad que paga bien ya que permite a Rhodesia hacer empréstitos a Suiza mientras los bancos suizos velan públicamente en sus cofres los millares procedentes de la fuga de capitales del Tercer Mundo y que la Nestlé acumula los superbeneicios provenientes de la caída de los precios del café y del cacao en el mercado mundial), “aún” esos países participan de esta “planificación de la miseria”, porque las estructuras económicas contemporáneas tienden cada vez más hacia una integración a escala internacional.

Es también claro que las élites dirigentes de la mayor parte de los países del Tercer Mundo mantienen una política económica que va directamente contra las necesidades del desarrollo. Porque el socialismo del cual hacen gala con tanta facilidad esos “nuevos burgueses” —que, en su mayoría, han reemplazado simplemente al antiguo colonizador, en todo caso en lo tocante a su modo de vida— ese socialismo conllevaría de hecho una reorientación radical de las economías, por el momento orientadas tanto hacia las necesidades de las élites en whisky, Mercedes, y productos de belleza como a la de tractores u otros bienes de equipamiento. En el artículo ya citado de Chaliand, se encuentran los dos cuadros siguientes (que citamos a título ilustrativo) presentando ciertas importaciones de países francófonos de Africa Negra. Las cifras se leen en millones de C.F.A. para 1964 (22).

(22) Chaliand, op. cit., p. 18.

Abonos	1 517,8
Herramientas y material agrícola	1 200
Tractores	3 741,5
Máquinas-utensilios	2 478,1
Bebidas alcohólicas	7 294,2
Carros particulares	5 592,6
Gasolina para carros particulares	3 561,6
Perfumes y cosméticos	1 269,1

Todo esfuerzo verdadero de desarrollo implicaría una ideología radical que esos países no poseen. No se desarrolla un país con los gustos del consumidor francés o norteamericano. No se edifica el socialismo paladeando Cinzano en los salones de baile. Pero hay que preguntar, frente a la élite que recibió sin recelo la manzana envenenada de la independencia: ¿quién fabrica y vende el whisky? ¿quién da salida a los Mercedes? ¿quién subasta los transistores de lujo? Y se vuelve así al problema de las relaciones económicas internacionales.

Hay que agregar también como lo hace el economista hindú Rao, que las exigencias de austeridad predicadas por el Occidente suenan con frecuencia bastante mal a los oídos de esta élite. "Tampoco es fácil para ellos aceptar que se les pida de apretarse el cincho y hasta de suprimir algunas necesidades corrientes y fundamentales de la existencia, mientras aquéllos que les brindan tan excelente consejo se activan en gastar recursos económicos estimulando artificialmente sus apetitos cansados y creando novedosas e inútiles necesidades de manera a poder utilizar sus recursos productivos al máximo. Las fronteras nacionales no debieran crear semejantes diferencias en los niveles nacionales de vida: y si continúan haciéndolo, la dinámica del problema económico bien podría terminar en un violento esfuerzo por eliminar esas fronteras" (23).

Como hemos visto, es muy difícil ser optimista en cuanto al futuro del problema del desarrollo. Esta revista pide desde hace años reformas radicales en las estructuras del comercio internacional. Pero esas reformas implican una decisión política de la cual el Occidente parece ser incapaz. En efecto, alguien debe soportar los gastos de la operación, y no podrían ser sino los países industrializados. En vista de las estructuras capitalistas de esos países, semejante operación se cancelará sea por medio de un alza del costo de la vida, ya por un atraso en su elevación. ¿Qué gobierno occidental estará listo a realizar esta operación que casi parece ser un suicidio político? Si un gobierno laborista en Gran Bretaña no puede intentar el enderezamiento económico destinado a favorecer a su propio pueblo sin que los electores lo abandonen, ¿qué otro gobierno lo hará en favor de desheredados que habitan al otro lado del planeta? Podría creerse que los países del bloque socialista están en una posición más ventajosa para intentar la operación, en vista de que no dependen de los caprichos de un electorado, flotando a voluntad de los precios del bistec; pero muchos negociadores del Tercer Mundo saben por experiencia cuán duros pueden ser esos países en las negociaciones comer-

(23) Rao, op. cit., p. 474. Recomendamos la lectura de este excelente artículo.

ciales, cuando se oponen sus intereses a los del Tercer Mundo, como sucedió esta primavera entre la U.R.S.S. y Argelia, con respecto al gas natural.

Así, contrariamente a lo dicho por el redactor de la revista de actualidad citada al principio de este artículo, quisiéramos por encima de todo despertar la inquietud, estimular la angustia. El tiempo apremia: los problemas que hemos descrito son terriblemente urgentes. Y si los países industrializados no saben hoy en día privarse voluntariamente de su sobrante, con frecuencia mal adquirido, les será arrancado mañana por la violencia (*)

Traducción libre.—(Tomado de la revista "Développement et Civilisations" N° 31, Sept. 1967. 47 Rue de la Glaciere — Paris 13e.).

(*) El autor de este artículo, sociólogo suizo, ha trabajado en varias organizaciones internacionales antes de hacer investigaciones en Argelia, primero en los sectores industrial y agrícola y ahora en el campo socio-demográfico.